

Moneda hegemónica: costos y privilegios

ALEJANDRO NADAL :: 07/06/2018

Imprimir un billete de 100 dólares casi no cuesta nada a EEUU, pero el resto del mundo debe dar a cambio recursos por más de ese valor

Los mensajes desde la Casa Blanca indican que los aranceles impuestos contra las importaciones de China, Unión Europea, Canadá y México tienen como objetivo corregir el gigantesco desequilibrio en las cuentas externas de EEUU. Pero la paradoja es que si el presidente Donald Trump realmente quiere corregir ese desequilibrio tendría que comenzar por reconsiderar el papel de su moneda, el dólar, en el sistema de pagos internacionales.

La hegemonía de la divisa estadounidense sigue siendo innegable. Es la moneda de mayor presencia en las transacciones comerciales y financieras en todo el mundo. Y se mantiene también como la divisa más utilizada como reserva por bancos centrales y en las tesorerías de los grandes grupos corporativos.

Las ventajas que esta posición privilegiada confiere a EEUU son múltiples. La más importante es que permite a ese país mantener un gigantesco déficit crónico en su balanza comercial, sin que eso le imponga una disciplina macroeconómica, como sucede con cualquier otro país. Desde esa perspectiva, el consumidor estadounidense goza de una ventaja sin paralelo. Es por esto que EEUU ha podido mantener durante décadas un crecimiento económico impulsado por el consumo. En el sistema de hegemonía del dólar, el público estadounidense se ha convertido efectivamente en el consumidor de última instancia.

El emisor de la moneda hegemónica recibe un tributo del resto del mundo. Es lo que se denomina el privilegio de señoraje: imprimir un billete de 100 dólares casi no cuesta nada a la Reserva Federal, pero el resto del mundo debe dar a cambio recursos por más de ese valor para obtener ese pedazo de papel.

Pero ese privilegio exorbitante tiene un costo. Al permitir al consumidor estadounidense obtener mercancías de todo tipo a cambio de dólares, el sistema ha ido debilitando la industria en ese país. La demanda de dólares en el mundo provoca la apreciación de esa moneda y el abaratamiento de las importaciones, lo que mantiene activo al consumidor en EEUU y profundiza el déficit comercial que ahora Trump quiere corregir a base de luchar con molinos de viento. En síntesis, el papel de moneda hegemónica terminó al paso de los años por promover la desindustrialización de EEUU. No es el único factor, pero ha sido una fuerza tenaz que ha socavado la base competitiva del sistema industrial estadounidense.

Por otra parte, ese proceso se intensifica cada vez que en medio de una crisis los agentes y gobiernos buscan obtener dólares para usarlos como moneda de reserva. Al aumentar la demanda y el precio de los activos financieros en EEUU, las tasas de interés se reducen y eso incrementa el valor de activos como bienes raíces residenciales y fomenta el consumo. Pero la apreciación del dólar le resta competitividad a la industria manufacturera estadounidense en los mercados mundiales. Al paso de los años, los privilegios de mantener la moneda hegemónica comenzaron a ser dominados por los efectos negativos.

Sin embargo, las ventajas de mantener una moneda como divisa dominante en el mundo son percibidas como muy superiores a los costos. No por nada los países que a lo largo de la historia del capitalismo han gozado de este privilegio han luchado hasta con las uñas para conservar el papel de moneda hegemónica para su divisa. Por eso la historia de la posguerra puede sintetizarse como la larga serie de esfuerzos de Washington para consolidar el papel del dólar como moneda de reserva.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, EEUU emergió como la potencia económica número uno del planeta. Pero la consolidación del dólar estadounidense como moneda hegemónica necesitaba algo más que poderío económico y militar. Durante los primeros años de vida del nuevo sistema, EEUU buscó controlar y marginalizar el papel del Fondo Monetario Internacional (FMI) al tiempo que promovía el remplazo de la libra esterlina por el dólar para cubrir las necesidades de liquidez de la economía mundial.

La crisis del canal de Suez en 1956 se presentó a EEUU como una gran oportunidad para usar el FMI en su nueva estrategia geopolítica y financiera. Inglaterra seguía siendo la potencia colonial dominante en Medio Oriente, y Washington estaba deseoso de introducir cambios en la región. Para evitar que la libra esterlina fuera objeto de ataques especulativos, la *City* necesitaba el apoyo del FMI y Washington le pudo ofrecer las garantías necesarias, pero con la condición de que retirara sus tropas del canal y cancelara la invasión. Londres no tuvo más remedio que someterse a los designios de Washington. El dólar se consolidó, pero a la larga la disfuncionalidad del sistema monetario terminó por minar las bases de la competitividad internacional de la economía estadounidense. Hoy, ningún arancel podrá corregir las distorsiones que las fuerzas económicas del sistema monetario internacional han introducido a lo largo de las pasadas siete décadas.

@anadaloficial

<https://www.lahaine.org/mundo.php/moneda-hegemonica-costos-y-privilegios>